

7 X
(68) 4-178
10-V-16

De la correspondencia de Rubén Darío



(Para LA NACIÓN)

O. Corupelbas
tomo VIII

Salamanca, febrero de 1916

¡Pobre Rubén Darío! Se fué de este mundo sin que llegásemos una vez a hablarnos cara a cara desnudas, pero las del alma. Siempre entre los dos, entre él y yo, hubo como una cristalina muralla de hielo. Nos veíamos, nos hablábamos, nos apreciábamos mutuamente, pero ni uno ni otro se decidía a romper esa muralla. Acaso fué mejor. Acaso así nos respetamos. Y eso que había entre ambos profunda unanimidad en ciertas entrañadas y eternas inquietudes.

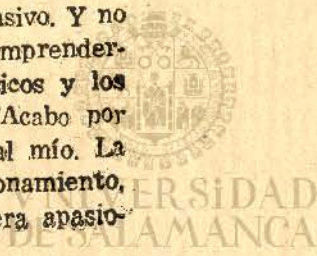
Recuerdo siempre algunos de sus versos, que menos se citan, los más íntimos, los más suyos. Porque Darío compartió con otros máximos poetas una triste suerte, y es la de que se pongan en boga y se vulgaricen primero aquellos de sus versos menos íntimos y menos propios. ¿Quién no recuerda que se ponderaba el canto «All Italia», de Leopardi, cuando sus más hondos y personales lamentos no eran apreciados en todo su valor? ¿Quién no recuerda el escándalo que armó el himno a Satanás, de Carducci, que su propio autor calificó luego de una «guitarrada»? Y así de Rubén andaban todos los jóvenes modernistas, más o menos melencólicos, recitándonos aquellas cántigas de sonsonete de: «La princesa está triste; ¿qué tendrá la princesa?», luego vienen los «labios de fresa» y lo que sigue, o lo del «ala leve del leve abanico» (la... le... le...) y demás «mignardaries» cuando se pasaba por alto lo que en su obra había de fuerte y de intenso. ¿Acaso era que a muchos de los que se decían sus admiradores en rigor no les gustaba el poeta, pero cedían... a qué? No lo sé.

Traté poco, digo, a Rubén Darío, aunque nos vimos y conversamos y paseamos juntos media docena de veces. Había algo que nos mantenía apartados aun estando juntos. Yo debía parecerle a él duro y hosco: él me parecía a mí sobrado comprensivo. Y no me entrego a los que se esfuerzan por comprenderlo y justificarlo todo. Prefiero los fanáticos y los sectarios, de cualquier campo que sean. Acabo por entenderme con un fanatismo opuesto al mío. La razón común del fanatismo, del apasionamiento, que aun a los contrarios. Y Darío no era apasio-

RECORDADO EN...
de aquella...

Tcc

14



8 X



nado. Era más bien sensual; sensual y sensitivo. No era la suya un alma de estepa caldada, seca y ardiente. Era más bien húmeda y lánguida, como el trópico en que naciera. Y muy infantil. Lo que digo en su elogio. Un alma de niño grande, con todas las seculares añoranzas indianas.

Fué él, Darío, quien vino una vez en Madrid— hace ya años— a ofrecerme, en nombre del director de este diario, la colaboración en él; fué Rubén quien sirvió de medianero para traerme acá, a «La Nación». Y no olvidaré nunca la visita que entonces me hizo y lo que de este verdadero hogar intelectual me dijo y de esa Argentina. Cuanto me dijo de esta tribuna periodística, de la libertad de que aquí se goza, me ha resultado cierto. ¡Figuráos, lectores, si le debo! Y fué él, Darío, quien cuando publiqué mi libro de «Poesías» dijo de éstas lo casi único que de algo substancial, de comprensivo, sobre ellas se dijo, y lo dijo aquí, en estas columnas. Demostrando con ello la amplitud de su estética.

18

Nos hablamos poco Darío y yo, pero cruzamos algunas cartas. Guardo una docena suyas, cuatro de ellas de 1899, la última de 1909. Después no nos correspondimos.

18

Voy a transcribir y comentar pasajes de esas sus cartas a mí, y en orden cronológico.

Con fecha 21 de abril de 1899 me escribía desde Madrid: «Creo que nuestros pensares se juntan a pesar de la diferencia de vías y de métodos. En el asunto del pensamiento y de la literatura hispanoamericana creo yo desde luego que no «hay allá nada» o más bien, que hay muy poco, pero lo poquísimo que hay merece respeto. Lo «que hay» es desconocido aquí. Aquí se conoce la balumba ridícula y fofa; pero existe un escaso núcleo valioso.

»En cuanto a mí, le agradezco sus amables juicios, pero creo ser un desconocido suyo igualmente. Le confesaré desde luego que no me creo escritor «americano». Esto lo he demostrado en cierto artículo que me vi forzado a escribir cuando Grousac me honró con una crítica. Mejor que yo ha desarrollado el asunto el Sr Rodó, profesor de la Universidad de Montevideo. Le envió su trabajo. Mucho menos soy «castellano». Yo—¿lo confesaré con rubor?—no pienso en castellano. ¡Más bien pienso en

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS USUALES

9x



francés! O mejor, pienso «ideográficamente», de ahí que mi obra no sea castiza. Hablo de mis libros últimos. Pues los primeros, hasta «Azul», proceden de innegable cepa española, al menos en su alma.

»Ya hablaremos largo, si me resuelvo a visitarle en esa ciudad secular que me atrae como una abuela centenaria que tuviese muchos cuentos que contarme.»

Pues bien, ¡no! No se resolvió a visitarme en esta centenaria Salamanca, donde hubiésemos hablado de su casticismo y de su americanidad. Muy cierto que por entonces me era muy poco conocido. El género de las gentes que le propiciaban y aplaudían hacía me mantenerme retuso frente a su obra. Me ha ocurrido y me ocurre con muchos escritores y artistas; son sus abogados y panegiristas los que me quitan las ganas de ir a conocerlos. Aunque me equivoque en esto. ¡Y quién sabe si a muchos no les pasará lo mismo conmigo!

18

Si hubiera venido entonces habríale dicho que sí, que en efecto, lo poco, poquísimo de valor que hay en la actual literatura hispano-americana apenas es conocido en España.

Habríale repetido lo que me canso de decir, y es que la labor seria—la histórica sobre todo—es preferible a la pura, vaga y amena literatura.

En cuanto aquello de no creerse americano... ¿Y qué es ser americano? ¿Hay acaso un carácter común que una a los ingenios americanos desde Tejas al estrecho de Magallanes y que los separe de los ingenios españoles? ¿Hay algo que asimile a mejicanos, antillanos, centroamericanos, colombianos, venezolanos, etc., y chilenos y argentinos y uruguayos? No lo creo. No creo en semejante americanidad. Y menos como cosa de raza. A lo sumo similitud de estado social, por condiciones económicas y políticas. Y si hay algo de común entre esos pueblos—intelectualmente quiero decir—es lo que les da la lengua común, con lo que de ello deriva. Un nicaragüense, como Rubén Darío, y más, si ha pasado los años de su mocedad de más intenso aprendizaje en Chile, cuyo ambiente intelectual formó sobre todo Andrés Bello, piensa en castellano, créalo o no, y quiera o no quiera. Eso de que pensaba en francés era una aprensión suya. Y lo de pensar ideográficamente puede pasar como expresión hasta cierto punto poética, pero ca-

10 X

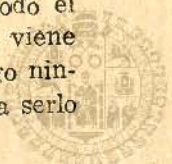


rece de sentido claro. Se piensa con lenguaje y en un lenguaje. Y más un poeta. Ideográficamente no puede pensarse sino álgebra o geometría o acaso química.

Recuerdo el ensayo de Rodó sobre Darío, que éste me envió entonces y leí y que después no he podido releer, por haberlo perdido. Y recuerdo que una de las cosas que más me gustó en él fué cuanto Rodó atribuía a la ascendencia indiana del poeta, a las misteriosas fuerzas esperituales indígenas. Porque yo no sé si Darío era o no un escritor americano, pues no sé bien qué sea la americanidad de un escritor, pero sí que en su obra creemos ver algo del alma indiana en aquel su sentimiento, a las veces supersticioso, del misterio ambiente sentido como algo atmosférico y a modo de un aire sutil y terrible que oprime el pecho del espíritu.

¡Que su obra no era castiza...! ¡Y qué es castizo? Yo creo, en cambio, que era casticísima, claro que de su casta. Y aquí, en España, ha sido mucho mejor comprendida y sentida de lo que se cree y ha influido enormemente en la joven generación de poetas españoles. Y si ha influido en ellos es, no cabe duda, porque de algún modo se anudaba con nuestra tradición y con la más venerable. Porque Darío estaba muy cerca en espíritu de los poetas de nuestros cancioneros del siglo XIV y del XVI. Tenía mucho de un primitivo español. Mucho más que él lo creyera. Y lo creía.

Nada quiero aquí decir de otra carta del 16 de mayo del mismo año de 1899. Contestéle y volvió a escribirme el 21 del mismo mes. En ella me decía: «Por otra parte, no sabe usted lo que yo he combatido el prurito de parisiensismo de importación que he tenido la mala suerte de causar en buena parte de la juventud de América; y en el prólogo a mis «Prosas profanas» he dicho bien claro que no puede tomarse como modelo y guía lo que en mí es producto de mi individualidad y de mi educación literaria. Conozco varias lenguas europeas, he procurado iniciarme en todas las literaturas; pero la de Francia me atrae con viva fuerza y encanto. Me parece muy explicable que América, como todo el universo pensante, tienda hoy a la luz que viene de París. Antes fué el foco Atenas; y no tengo ningún inconveniente en creer que pueda llegar a serlo



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS USALES

11x



Nueva York o Buenos Aires. Ello es obra de los siglos.

»La innegable indigencia mental de nuestra madre patria nos ha hecho apartar los ojos de ella; no es culpa nuestra. Cuando hay algo que surge nuevo y vigoroso, lo ponemos sobre nuestra cabeza sin vacilar. Vea cómo están apareciendo para América usted y Rusiñol, por ejemplo.

»La cultura, mucha o poca, nuestra, es y ha de ser cosmopolita. Las tonterías de ...—pues las tiene y grandes—no harán sino que se distinga entre lo que París tiene de sólido y verdaderamente luminoso y el «artículo de París» que fascina a nuestros «snobs» y bobos de la moda.»

He suprimido el nombre de ese escritor, que según me escribía Rubén, tenía tonterías y grandes, porque esta ofrenda mía al gran poeta es una obra de paz y porque el escritor a que se refería fué un buen amigo suyo y lo es mío y es hombre de mérito. ¡Y quién no ha escrito tonterías nunca? ¡Desgraciado de él! El hombre más tonto del mundo es el que se muere sin haber dicho ni hecho tontería alguna, porque ha existido tontamente. El que no saca afuera sus tonterías se queda con ellas dentro y le anonadan el alma.

Conocía Rubén, en efecto, varias lenguas europeas, aunque le ocurriese que leyendo corriente y perfectamente el inglés, mucho del pensamiento inglés le llegase a través de interpretaciones francesas. O es que acaso de la literatura inglesa le interesaba lo más francés de ella. Paréceme que no experimentó un sentimiento que a mí me domina y es el buscar en cada literatura aquello que los naturales estiman más propio, más castizo, más peculiar y exclusivo, menos accesible al extranjero. De aquí que los autores de un país que antes son traducidos suelen ser los que menos me interesen.

Conocía Rubén varias lenguas europeas y lamentaba no conocer el griego clásico. Habló conmigo de esto varias veces. Una vez llegó a preguntarme en cuánto tiempo podría ponerse en disposición de leer a Homero, a Platón, a Píndaro, a Meleagro, a Teócrito en su propia lengua, y yo, como profesor oficial que soy de lengua y literatura griegas, le dije que eso dependía de su disposición, de su aplicación



12 x



y del tiempo que dedicase a tal estudio, pero que le costaría menos de lo que pensaba. «Si pudiese yo ir a Salamanca a seguir un curso con usted...»—me dijo, porque le aseguré que como enseñar a traducir griego yo le enseñaría tan bien como cualquier otro. Y luego me dijo: «Mire usted, si pudiese yo adquirir de pronto el conocimiento de la lengua griega dando tanto o cuanto dinero—fijó una cifra—lo daría buscándolo como fuese, pero emplear ese tiempo de estudio!...» Aquí estaba el hombre. Y muchos otros hombres.

Leyendo bien los párrafos que he citado de esa su carta se ve que confundía lo parisiense con lo cosmopolita. Para él, como para tantos otros, parisiensismo era casi sinónimo de cosmopolitismo, y París, la Ville Lumière, era Cosmópolis. Hasta eso que me decía tener París de sólido y verdaderamente luminoso era algo cosmopolita. Porque el París que ha atraído a tantos ingenios españoles e hispano-americanos, no ha sido el París de Francia, sino el París de todo el mundo. Como que cabe decir que ha sido la literatura parisiense más bien que la francesa, la que ha influido más aquí y ahí. Lo más francés, lo más castizo francés, lo más del terruño, lo que expresaba austera y sobriamente el alma heroica que hoy está demostrando Francia, eso apenas era conocido aquí. Y el mismo Darío, justo es decirlo, no conoció bien esa Francia más íntima y más recogida, con raíces más allá del siglo XVIII y muy fuera de Versalles, esa Francia de ultramontanos, de jansenistas, de hugonotes, de jacobinos, esa Francia que nada tiene de ligera, la Francia de las hondas inquietudes pascalianas, no la de los escándalos mundanos o parlamentarios. Esta Francia de los franceses ha sido muy poco conocida aquí. Y contra la otra visión, la del cosmopolitismo parisiense—o el parisiensismo cosmopolita—peleé toda mi vida. En tal sentido fui y soy un decidido antiafrancesado. No ocultando tampoco mi escasa simpatía por el llamado neoclasicismo francés. Pero de esto hablaré otra vez, cuando acabe la guerra y podamos volver a plantear, amigablemente, con nuestros vecinos nuestros pleitos culturales. Hoy lo que importa es que vengan.

12

Omíto otra carta desde Madrid del 14 de sep.

13 X
tiembre del mismo 1899 por ser harto personal, así como otra, sin fecha, en que me reiteraba su propósito de venir acá. El 7 de febrero de 1900 me escribía desde Madrid, y luego de haberse referido a un artículo mío en este diario, me decía:

«Yo continúo aquí, en una soledad mental desesperante. Le aseguro que cada día me siento más extranjero en este medio en donde, por otra parte, no puedo quejarme de personales simpatías. Mas, francamente, no es poco lo que en mí influye esta atmósfera de decaimiento y de achatamiento. Necesito cambiar de aires.

»¿Ha visto usted lo que se dice sobre arreglos de propiedad literaria con la Argentina? Me alegro por ustedes. Los americanos no tenemos aún mercado ni lectores en España. Desearía que me diese su opinión a este respecto. ¿Qué le pareció el número de «La Nación» del 1.º de enero? Deseos tengo de dar una conferencia aquí sobre la prensa argentina. No se tiene idea de lo que se progresa allá en esa vía. Pero se me quitan en seguida las ganas. «¿A quoi bon?» dicen los franceses.»

Comprendo que el pobre Rubén, y más en 1900, año y medio después de nuestro desastre y en plena época de decaimiento del espíritu nacional, cuando sólo se oía lamentos y quejumbres, se sintiese en Madrid en una soledad mental desesperante. Me suele pasar lo mismo. No hace dos meses pasé uno en la villa y corte por ineludibles deberes de mi profesión—en un tribunal de oposición de cátedra—y en cuanto pude me volví a este mi retiro de Salamanca huyendo de la soledad mental.

¡La soledad mental! ¡Qué hermosa y honda expresión! Se encontraba solo mentalmente en una gran ciudad, en la capital de una nación, en una corte como es Madrid. Pesaba sobre él la atmósfera de decaimiento y achatamiento que oprimía a España en 1900.

En aquella época, hace ya diez y seis años, me decía que los americanos no tenían mercado ni lectores en España, y que se alegraría, por nosotros, por los españoles, que esto cambiase. Ha cambiado poco, muy poco, casi nada, de entonces acá. Lo poco, poquísimo americano que aquí se lee es lo editado en España. Es más fácil encontrar un libro sueco que un libro americano. ¿En qué consiste ello? ¿Es sólo desvío del público? ¿No es más bien ignorancia? ¿Hacen algo—algo eficaz—los hispano-america-



15x

a los pueblos lo que les conviene estudiarse unos a otros. En la misma carta me hablaba de un prólogo mío a un libro de Manuel Ugarte y de no sé qué floretazos que decía me dirigió entonces François de Nion en «La Prensa» de Buenos Aires. Agregaba que suponía respondería yo a ellos, añadiendo: «Líene para ello su buena y probada espada española.» Y luego: «Mucho le agradeceré me escriba sobre este asunto en que es probable que yo tome también parte.» Y no, no contesté a aquellos que Rubén llamaba floretazos, y no contesté a ellos, por la sencilla razón de que no llegaron a mí, no los leí. Gusto poco de contestar a las censuras que se me dirigen y a las veces ni las leo. Si fuera a tomarlas todas en cuenta no me quedaría tiempo para más. Creo, además, que las batallas debe darlas uno cuándo, dónde y cómo le convenga y no ni cuándo, ni dónde, ni cómo le convenga al adversario!

Esta carta de Rubén fué a los cuatro meses de mi clamoroso discurso de Bilbao sobre la cuestión del vascunco, y el poeta me escribía: «Veo que sus compatriotas de Buenos Aires no le perdonan sus conceptos sobre el vascunco. Quizá no le han comprendido muy bien su hermoso discurso de los juegos florales.» No, es que no quisieron comprenderlo. Porque aquellos mismos mis paisanos que protestaron en Bilbao contra mis conceptos, es porque sabían que era rigurosamente exacto lo que dije, que el vascunco no es lengua de cultura, ni hay tiempo y modo de hacerla ya tal y que desaparece, y que a nosotros, los vascos, nos conviene pensar en otra lengua, en español los unos, en francés los otros. Lo que yo dije es lo que para dentro de su pecho pensaban todos. Todos los que piensan allí en mi tierra vasca, que son los más. Porque a los frínticos del bizkaitarrismo no se les puede tomar en serio.

Ahora, con motivo de una carta de don Antonio Maura, como presidente que es de la Real Academia Española de la Lengua, pidiendo al ministro de Instrucción Pública que haga respetar el derecho de la lengua nacional castellana a ser la única usada en documentos oficiales, se ha levantado un cierto clamoreo en Cataluña, y alguno, muy pequeño, en mi país vasco. Dejo ahora de lado lo de Cataluña y contrayéndome a mi tierra natal, donde hoy son muchos más los que no saben que los que saben vascunco, diré que el empleo oficial del viejo eusquera es un verdadero desatino. Hace algún tiempo se le ocurrió a algún abogado de San Sebastián el desca-

UNIVERSIDAD
DE VASCO
LANCA

4174



¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores,
querida Filipinas, oye el postrer adiós!
Ahí te dejo todo: mis padres, mis amores
voy a dō no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios!

En este su último canto decía el poeta tagalo, padre de la patria filipina, que cuando, olvidada su tumba, se esparzan sus cenizas, cruzará así, su polvo, la atmósfera, los campos, los valles de su querida Filipinas, y

vibrante y limpia nota seré para tu oído;
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
constante repitiendo la esencia de mi fe-

Y esta nota vibrante y limpia será nota en lengua castellana. Como las notas de Rubén.

Porque Rubén, lo mismo que Rizal, tenía sangre en sus venas y en su espíritu, que no procedía de Europa, sangre que le venía de pueblos que vivieron y soñaron y sintieron el misterio ambiente en Nicaragua antes que allí abordaran los primeros hombres blancos. Rubén negaba ser americano en espíritu, y yo creo que era nicaragüense y que el alma indígena vivía en él, como expresó muy bien Rodó en su estudio. Y esa alma indígena—creo que chorotega, aunque acaso me equivoque, pues cito de memoria—se expresó en castellano. Como que es el castellano el que les ha dado a no pocos de esos pueblos la conciencia de su propio espíritu. Y es en castellano, o en francés, como el alma vasca ha de aprender a conocerse.

Otra de las cartas que me escribió Rubén es de 1.º de setiembre—él escribía septiembre—de 1904, y en ella me hablaba de «un feo y tonto libro chileno del Sr. Vicuña Subercaseaux», que yo puse en solfa.

Pero de la docena de cartas que de él, como reliquias, guardo, hay una escrita desde París el 5 de septiembre de 1907 que es un documento de capital importancia para el conocimiento del poeta, que en ella desnudó su alma, un alma infantil, noble, cándida y pura. Es un carta en que me pedía alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura—diciendo—y era verdad—que una consagración de la vida como la suya merecía alguna estimación. El último párrafo decía:

«La independencia y la severidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar debe comprender a los que no tienen tales ventajas. Usted es un excelente director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues,

